

El desarrollo constitucional de los últimos siglos ha permitido ir ensayando y descubriendo, no sin errores, mecanismos externos extremos de garantía de esa virtud (o, más bien, de persecución de la corrupción/traición) de los dirigentes de la *res publica* que al mismo tiempo tienden a conjurar (en un complejo equilibrio) el riesgo de una utilización torcida o abusiva de los mismos como instrumento de agresión al adversario político (en especial, para vencer ante los tribunales a quien no se ha vencido en las urnas), pero esos mecanismos, que coincidirían en parte con la responsabilidad criminal del Gobierno prevista hoy por el artículo 102 de nuestra Constitución, han de ser el último extremo y ninguna democracia puede basar su transparencia en su utilización más o menos habitual, sino que ha de reposar, más bien, en la virtud política de sus dirigentes como regla general, y en el ejemplo de estos a los gobernados, pues, volviendo una vez más a Montesquieu, de un lado, «es raro que la corrupción empiece por el pueblo», y de otro lado, no hay nada mejor para que la virtud republicana se mantenga viva que el ejemplo de la clase política: «Todo depende, pues, de instaurar ese amor en la República, y precisamente la educación debe atender a inspirarlo. Hay un medio seguro para que los niños puedan adquirirlo y es que sus propios padres lo posean». En suma, estos mecanismos constitucionales y penales de control han de regirse, como todo el Derecho penal pero aquí de manera singularmente delicada, por el principio de intervención mínima.

Sobre todo estas cosas, y otras muchas, reflexiona Seijas Villadangos, con lo que consigue escribir un libro con el que no sólo hace leer, sino, sobre todo, pensar. Es por ello un libro de lectura aconsejable para todos cuantos se ocupan y/o preocupan de estos asuntos o de la ética de nuestros gobernantes y los mecanismos extremos para garantizarla, que son el modo no de garantizar la virtud política republicana, pero sí de evitar que se eche a perder de modo irremediable; son, en definitiva, un mecanismo más de Defensa de la Constitución *lato sensu* entendida, como la autora la concibe.

*Joaquín Brage Camazano*

GEORGE L. MOSSE: *La nacionalización de las masas*. Marcial Pons, Madrid, 2005.

Tratando de analizar al final de su vida su profunda vocación por el estudio de la historia, George L. Mosse escribió que una de las ideas que siempre le habían acompañado a lo largo de toda su trayectoria investigadora había sido la certeza de que lo que el hombre es sólo la historia puede explicarlo. Mirando retrospectivamente su más de medio siglo de dedicación académica, comprendía que su propia producción intelectual y su longevo estudio

historiográfico reflejaban de manera profunda lo que él era: únicamente situando su obra dentro del contexto de su propia vida —una vida, en gran medida, producto de las fuerzas históricas de su tiempo, como él mismo consideró— ésta adquiriría su verdadero sentido (1).

Nacido en Berlín en 1918 en una acomodada familia judía, exiliado en 1933 a Suiza y Gran Bretaña y afincado, finalmente, en Estados Unidos donde desarrollaría su carrera académica, la figura de Mosse como historiador no necesita demasiadas presentaciones. Pocos autores han resultado tan innovadores, polémicos e influyentes en la historiografía europea del pasado siglo xx como él. A lo largo de más de cinco décadas de trabajo académico estudió contextos tan distintos como la Inglaterra del siglo xvii o la Alemania de los siglos xix y xx, temas tan diversos como el nazismo, el fascismo o el racismo frente a la historia de la sexualidad, la historia del pueblo judío, el Holocausto o la memoria de guerra. Subyaciendo a unos y a otros siempre Mosse, el historiador y el individuo reflejándose en su propia vocación y análisis historiográfico. «Los historiadores son también criaturas de su tiempo» (2), escribió en su autobiografía ya al final de su vida, un tiempo histórico, el suyo, que comprendió buena parte del pasado siglo xx europeo y que imprimió a la totalidad de su trabajo una necesidad profunda de entender cómo el mundo que le tocó vivir había sido capaz de trocarse tan negro.

Este impulso por comprender el mundo que le rodeó y de explicar la propia realidad de la que había sido contemporáneo dotaría a la práctica totalidad de su obra de unas líneas de continuidad y de una coherencia interna que articularían todo su trabajo. Entre estos intereses constantes que vertebraron su obra se podría señalar, en primer lugar, su preocupación por el destino y los avatares del liberalismo en Europa, cuestión que trabajó en sus primeros estudios sobre la historia del pensamiento moderno inglés y, posteriormente, en sus análisis sobre el fascismo y el nazismo imponiéndose sobre la Europa liberal durante el período de entreguerras. Como él mismo apuntó, en este interés por analizar el fracaso del liberalismo y de la herencia secular ilustrada en la Europa contemporánea había influido, de nuevo, su propia historia personal y su condición de judío forzosamente exiliado. En segundo lugar, se podría apuntar la fascinación analítica de Mosse por los mecanismos culturales a través de los cuales se construyen las figuras de los *insiders* y *outsiders*, de aquellos que forman parte del grupo y de aquellos que son excluidos, estigmatizados y marginados dentro de su misma cultura. En este inte-

---

(1) GEORGE L. MOSSE: *Confronting History*, The University of Wisconsin Press, Madison, 2000, pág. 172.

(2) *Ibid.*, pág. 176.

rés investigador desarrollado en sus estudios sobre el judaísmo, el racismo, la sexualidad y el nacionalismo influyó, no sólo su herencia judía sino, también, su homosexualidad y su propia conciencia de formar parte de grupos sociales por los que fácilmente también él podía ser estigmatizado y excluido, como él mismo declaró repetidamente (3). En tercer lugar, su constante interés por los sistemas de creencias y la fe que éstos suscitan. A este respecto existía, en su opinión, una cierta continuidad entre sus estudios sobre la Reforma inglesa desarrollados en los años cincuenta y aquellos otros dedicados a la historia más reciente, especialmente los relacionados con el nacionalismo y el fascismo. Familiarizado con la teología y la práctica religiosa, para Mosse resultaba fácil dar el salto de las religiones tradicionales (especialmente desde el cristianismo) hasta las que él denominaba las modernas religiones cívicas, sistemas de creencias del mundo secular que podían estudiarse utilizando los mismos esquemas analíticos que los aplicados al estudio de las religiones tradicionales. Pensando sobre esta constante en sus intereses como historiador, él mismo reconocía que si bien era cierto que, tal vez, demasiado a menudo había visto el mundo a través de los ojos de las diferentes devociones y de los sentimientos de fe que éstas producen, también lo era el hecho de que el período histórico en el que él había vivido había estado dominado por sistemas de creencias y por devociones fanáticas hacia las nuevas religiones cívicas emergentes. Reflexionando sobre estas cuestiones a las puertas del cambio de siglo, Mosse reiteraba su postura: no existían, en su opinión, signos creíbles que hicieran pensar que esta situación fuera a cambiar en el futuro (4).

Dentro de esta sensibilidad para entender la dimensión religiosa de los grandes discursos movilizadores contemporáneos debe situarse el interés de Mosse por el nacionalismo, la máxima expresión, según su consideración, de las religiones cívicas modernas. Partiendo de la convicción de que todo nacionalismo conlleva ciertas dosis de sacralidad, para Mosse una de las claves para entender lo que había sido la Europa de los dos últimos siglos residía en el auge nacionalista, esa oscura y poderosa fuerza que había conseguido tragar durante décadas a la humanidad europea (5). Dentro de él se podía situar la emergencia del racismo, del antisemitismo y de los fascismos, materializaciones extremas del sentimiento nacional surgido a raíz de la Revolución francesa.

---

(3) Id.

(4) *Ibid.*, pág. 178.

(5) *Ibid.*, pág. 182.

Un último interés que merecería la pena señalar como constante en toda la obra de Mosse y que se relaciona con lo apuntado hasta aquí fue el Holocausto. Como él mismo escribió, el Holocausto nunca estuvo demasiado apartado de su mente. La clara conciencia de que podía haber muerto en la Alemania de Hitler le llevó a considerarse un miembro de la generación del Holocausto, intentando entender a lo largo de todo su trabajo historiográfico un hecho tan terrible de la reciente historia europea (6). Años antes de escribir esto, había declarado que, en un sentido o en otro, toda su obra tenía que ver con la catástrofe judía de su tiempo, catástrofe que nunca vio como un accidente, como consecuencia de una falla estructural o como continuidad de hábitos burocráticos, sino como un hecho que se produjo dentro de la sociedad de la que él también formaba parte y que se relacionaba con la cultura europea y con sus visiones y actitudes hacia la vida (7).

Si una serie de intereses profundos y constantes marcaron la casi totalidad de la obra de Mosse, algo parecido se podría decir del enfoque analítico desde el que observó e interpretó la realidad histórica: el enfoque cultural, un enfoque latente ya en sus primeros trabajos (inscritos todavía, según su propia consideración, dentro de una historia de las ideas y del pensamiento político tradicional), plenamente consciente y progresivamente desarrollado partir de la segunda mitad de la década de los setenta y reivindicado todavía en el que fuera su último libro recopilatorio, *The Fascist Revolution: Toward a General Theory of Fascism* (8). La novedad de su historia cultural, de esa mirada que trataría de entender cómo los actores que se estudian perciben e interpretan el mundo en el que viven en función de las ideas y de los valores que dominan en su tiempo, se podría relacionar con una de las máximas de su vocación histórica: la empatía como actitud clave del historiador y como núcleo de la labor de la historia, como él mismo confesó; esa necesidad que tiene el estudioso de la historia de tratar de entender las motivaciones que impulsaron a aquellos a quienes estudia, independientemente de que éstos puedan resultarle malvados o peligrosos (9).

Puede que en esta perspectiva que aplicó a la práctica totalidad de su obra resida una de las claves de la originalidad de Mosse. Partiendo de una definición de cultura en sentido amplio («un estado o hábito de la mente apto

---

(6) *Ibid.*, pág. 219.

(7) Citado en STEVEN E. ASCHHEIM: «Introduction», en S. PAYNE, D. J. SOROKIN y J. S. TORTORICE: *What History Tells. George L. Mosse and the Culture of Modern Europe*, The University of Wisconsin Press, Madison, 2004, pág. 6.

(8) El libro, aparecido en 1999, recoge artículos que fueron publicados desde sus comienzos en el tratamiento del nazismo, en 1961, hasta finales de la década de los noventa.

(9) GEORGE L. MOSSE: *Confronting History*, ob. cit., págs. 172 y 217.

para convertirse en una forma de vida íntimamente vinculada con los retos y dilemas de la sociedad contemporánea») (10), una de las particularidades más atractivas de su trabajo fue la interdisciplinariedad y su reivindicación de la importancia de las ciencias sociales para la historia. Ya en 1969, en un breve artículo en el que reseñaba tres libros de reciente aparición en aquel momento y al que titulaba «History, Anthropology and Mass Movements», Mosse señaló el valor de la antropología para los historiadores en su ayuda para entender la importancia de los mitos y los símbolos como un antídoto para evitar caer en las falacias reduccionistas de las posiciones idealista o materialista. Aventurando una idea que llegaría a su máximo desarrollo en sus trabajos de los años siguientes, Mosse concluía su artículo considerando que el estudio de los mitos y de los símbolos eran la clave para entender cómo los movimientos totalitarios se impusieron sobre millones de individuos utilizando fiestas, mítines multitudinarios y representación simbólica (11). A este respecto, Roger Griffin consideró que el enfoque historiográfico de Mosse en sus estudios sobre el fascismo, más que cultural, debería considerarse y denominarse un enfoque antropológico (12).

Tomando en consideración tanto la visión cultural específica de Mosse como los interrogantes e intereses analíticos que le acompañaron toda su vida resulta más fácil situar la obra que aquí se reseña, *La nacionalización de las masas*, uno de sus libros más polémicos e influyentes, publicado en el ecuador de su carrera y que, treinta y cinco años después de su aparición originaria, se publica por primera vez en castellano en la colección clásica de la editorial Marcial Pons. De una forma u otra, en el libro subyacen todos los interrogantes que articularon la carrera historiográfica de Mosse: la «permanente preocupación por la dignidad del individuo y por los desafíos que sufre, que en tantas ocasiones durante largos períodos de nuestro siglo han logrado despojar al hombre del control sobre su destino» (13), el desarrollo del

---

(10) Esta definición de cultura, aparecida en 1961 en su libro *The Culture of Western Europe*, fue considerada por MOSSE como útil para definir su metodología de historia cultural a lo largo de los años posteriores. Ver GEORGE L. MOSSE: *Confronting History...*, ob. cit., pág. 177.

(11) GEORGE L. MOSSE: «History, Anthropology and Mass Movements», en *American Historical Review*, 75, vol. 2, 1969. Citado en ROGER GRIFFIN: «Withstanding the Rush of Time: The Prescience of Mosse's Anthropological View of Fascism», en S. Payne, D.J. Sorokin y J.S. Tortorice: *What History Tells. George L. Mosse and the Culture of Modern Europe...*, ob. cit., pág. 116.

(12) ROGER GRIFFIN: «Withstanding the Rush of Time...», ob. cit.

(13) GEORGE L. MOSSE: *La nacionalización de las masas*, Marcial Pons, Madrid, 2005, pág. 11.

nacionalismo alemán, su conversión en una religión secular y su culminación en el nazismo, capaz de organizar un culto y una liturgia a su alrededor en la que millones de alemanes pudieron encontrar refugio.

Publicada en 1975 en su primera edición americana, Mosse comenzó a escribir *La nacionalización de las masas* en 1973, cuando realizaba una estancia en Jerusalem y residía en casa del historiador Jacob Talmon quien, años antes, había publicado *The Origins of Totalitarian Democracy*, obra que, sin duda, debió influir en Mosse. En su propia opinión, *La nacionalización de las masas* fue su primer trabajo de completa ruptura con la historia del pensamiento político tradicional y el verdadero inicio de su historia cultural. Retomando la definición de cultura que ya había esbozado más de una década antes en *The Culture of Western Europe* (14), el libro planteaba un análisis del desarrollo de una religión secular surgida en Alemania a finales del siglo XVIII, desarrollada a lo largo del siglo XIX y coronada con el nazismo. Como con toda religión, su estudio implicaba el análisis de su liturgia: los festejos, los ritos y los símbolos que dieron forma tangible a su particular universo mítico. En este sentido, Emilio Gentile señaló que *La nacionalización de las masas* culminaba el tránsito de Mosse de un análisis del fascismo centrado en los elementos ideológicos y desarrollado durante el inicio de los años sesenta a otro centrado específicamente en la liturgia de estos movimientos y trabajado a partir del final de la misma década. De un interés centrado en los valores y objetivos institucionalizados en una sociedad y en las percepciones que de esta realidad se hacen los individuos determinando su actitud hacia la política, habría pasado a otro fundamentalmente centrado en los símbolos, los mitos y en la ritualización teatral con miras a la participación extática de las masas puestos en juego por los regímenes fascistas (15).

Para Mosse, el desarrollo de esta religión secular no era un fenómeno original; aunque su estudio se centrara en el caso específico alemán, la religión secularizada que él analizaba había afectado a toda la Europa de los siglos XIX y XX: se trataba de una nueva política surgida en los albores de la Revolución francesa a partir de la idea de soberanía popular y de la aportación rousseauiana de la Voluntad general que había terminado convirtiéndose en una religión secular difundida y generalizada en el siglo XIX y que

---

(14) Ver la nota 10.

(15) EMILIO GENTILE: «A Provisional Dwelling: The Origin and Development of the Concept of Fascism in Mosse's Historiography», en S. PAYNE, D. J. SOROKIN y J. S. TORTORICE: *What History Tells. George L. Mosse and the Culture of Modern Europe...*, ob. cit., En su artículo, GENTILE desarrolla este paso de la ideología a la liturgia analizando la totalidad de la obra de Mosse dedicada al fascismo.

habría llegado hasta el fascismo. En esta nueva forma que había adoptado la política europea dos factores resultaban esenciales: el aumento y expansión de la conciencia nacional en los distintos países del continente y el desarrollo de los movimientos y de la política de masas. Al unirse, estos dos factores habían impulsado la necesidad de crear un nuevo estilo de hacer política que, progresivamente, fue adquiriendo una dimensión religiosa. Así, este nuevo estilo político se habría basado, desde comienzos del siglo XIX, en la utilización de mitos y símbolos nacionales y en el desarrollo de una liturgia a través de la cual el pueblo podía participar en el culto y la mística nacional. En última instancia, a través de los ritos y de las fiestas, de los mitos y de los símbolos, la idea rousseauiana de la Voluntad general adquiriría forma tangible. El culto a la nación y la activa participación de las masas unidas en el éxtasis nacional de la nueva religión secular hacían su irrupción en Europa para imprimir su particular estilo al devenir político del Viejo Continente durante los dos siglos siguientes.

El tema principal del libro es, por tanto, el desarrollo de la liturgia propia de la nueva política como acto de participación de las masas en la devoción de la nación en Alemania. Capítulo a capítulo, Mosse sumerge al lector en la importancia de los monumentos nacionales, de los festejos públicos, de los rituales de masas y de la estética política convertida en un gran teatro integrando a los individuos en el drama de la nueva política convertida en religión secular nacional de masas. Todo esto contextualizado en un período de tiempo amplio: de las guerras napoleónicas al Tercer Reich, como reza el subtítulo de la obra. Casi siglo y medio de continuidades establecidas para explicar el culto nazi. Lejos de resultar inocente, la elección temporal del libro, articulada a través del concepto básico de la «nueva política» surgida con la Revolución francesa y al que está dedicado el primer capítulo del libro, tiene implicaciones fundamentales. En primer lugar, situando el nuevo estilo político europeo a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX y estableciendo continuidades que llegarían hasta los fascismos, se asume la idea de que éstos no fueron exclusivamente un producto de una Europa en crisis tras el impacto de la Primera Guerra Mundial; teniendo en cuenta que el derrumbamiento que produjo el conflicto bélico fue un componente esencial del fascismo y un factor clave para explicar la atracción que ejerció sobre millones de jóvenes ávidos de regeneración nacional, la propuesta de Mosse rompe con la historiografía clásica que situaba la crisis de posguerra como el origen del fascismo, para aventurarse un paso más: en un momento especialmente proclive, los movimientos de masas fascistas adoptaron una tradición que, en el momento en el que éstos se convirtieron en una realidad política, «ya llevaba alrededor de un siglo ofreciendo una alternativa a la de-

mocracia parlamentaria» y configurando la actitud de millones de alemanes (16).

Relacionándose con esta cuestión, aparece una de las aportaciones más importantes y polémicas del trabajo de Mosse que, más allá de ser central en *La nacionalización de las masas*, debe situarse dentro del conjunto de sus trabajos sobre el fascismo: la idea de que los movimientos y, posteriormente, regímenes políticos fascistas lejos de ser meras imposiciones por la fuerza, manipulaciones propagandísticas o sistemas políticos basados exclusivamente en el terror, fueron movimientos de masas capaces de atraer a millones de personas que comulgaron activamente con su credo y que encontraron refugio y consuelo, en un momento de crisis y vacío existencial, en los mitos y las liturgias que desplegaron a su alrededor. A este respecto, Mosse lo expresaba con claridad en el primer capítulo de *La nacionalización...»: «las teorías sobre el propio fascismo han tendido a hacer caso omiso de la importancia de los mitos y cultos que acabaron por proporcionar la esencia de la política fascista. Con frecuencia, para quienes se consideraban liberales o de izquierdas, el fascismo representaba una «aberración» histórica, la «ocupación» del país por parte de una minoría bárbara. El pueblo estaba cautivo y cuando se le permitiera decidir su propio destino retornaría a un liberalismo renovado o a los ideales socialistas» (17). Rompiendo con esta visión historiográfica dominante, Mosse apuntaba que, si millones de personas «vieron en las tradiciones de las que hablaba Mussolini una expresión de la participación política más vital y elocuente que la que representaba la idea «burguesa» de democracia parlamentaria» (18), algo parecido se podía considerar para el caso nazi. De forma contundente y radical así lo expresaba: «la acusación de que mediante la propaganda los nazis pretendían erigir un mundo terrorista hecho de ilusiones sólo puede mantenerse hasta cierto punto. Nadie puede negar la presencia del terror, pero se han acumulado pruebas suficientes para explicar la genuina popularidad de la literatura y el arte nazi, que no precisaban del estímulo del terrorismo para ser efectivos. Así ocurre también en el caso del estilo político nacionalsocialista: tuvo aceptación porque se levantó sobre una tradición conocida con la que se podía simpatizar» (19).*

En última instancia, el interrogante clave que Mosse desarrolló en *La nacionalización de las masas* y que, en consideración de Emilio Gentile, resulta-

---

(16) GEORGE L. MOSSE: *La nacionalización de las masas...*, ob. cit., pág. 24.

(17) *Ibid.*, pág. 17.

(18) *Ibid.*, pág. 18.

(19) *Ibid.*, pág. 26.

ría la verdadera esencia de su análisis sobre el fascismo, sería la cuestión de cómo éste pudo atraer tanto apoyo popular, fomentar a lo largo de los años un consenso suficientemente amplio entre las masas y producir fascinación sobre porcentajes tan amplios de gente. Esta cuestión, según Gentile, habría sido siempre un reto para él, como hombre y como historiador (20). Como hombre, sólo cabe reiterar lo expuesto anteriormente: víctima él mismo de la pasión desatada por la devoción nazi, el impulso de entender cómo aquello había sido posible —más allá de explicaciones que redujeran el fenómeno a una mera aberración histórica producida a base de violencia— le llevó a desarrollar esa cuestión a través de su trabajo historiográfico. En él, Mosse encontraría la evidencia de que lo que los fascismos hicieron en un momento de fuerte crisis social fue dar forma tangible a las profundas necesidades de los individuos a través de una liturgia política que incorporaba elementos culturales fuertemente arraigados que no sólo eran fácilmente comprensibles para ellos sino que, también, ofrecían a las masas unidad y protección.

Dentro de la novedosa visión de Mosse sobre la nueva política desarrollada en *La nacionalización de las masas*, hay algunas cuestiones estrechamente relacionadas e implícitas en la argumentación del libro que merecen la pena ser apuntadas: su idea sobre la naturaleza de las masas, la idea crítica y pesimista sobre la modernidad y el profundo trasfondo antropológico de Mosse. Con respecto a lo primero, en su presupuesto según el cual los movimientos de masas se moverían en un mundo de mitos y símbolos definiendo la participación de los individuos en ellos mediante ritos y ceremonias colectivas que despertarían la emoción y los impulsos inconscientes de sus participantes, Mosse se desvinculaba de las teorías clásicas de la psicología de las masas para ir un poco más lejos. Si bien es cierto que reconocía la importancia de los trabajos de autores como Sorel o Le Bon en tanto que pioneros en señalar la importancia de las masas y el dominio que en éstas ejercía el mundo mítico y simbólico para sustituir el funcionamiento consciente por otro inconsciente y emocional, Mosse matizaba esta argumentación. Por un lado, volvía a insistir en que lo que Le Bon y Sorel consideraron como una novedad característica de su mundo de finales del siglo XIX llevaba imprimiendo su específico sello a la política europea desde casi un siglo antes, es decir, desde los tiempos de la Revolución francesa. Por otro, reivindicaba que no podía aceptarse la reducción de las masas a simples grupos enloquecidos carentes de racionalidad pues, a pesar de que buena parte del éxito de la nueva política recayese en su capacidad para llegar a la emoción de las gentes, «esa emoción no producía una multitud en éxtasis por la pura y sim-

---

(20) EMILIO GENTILE: «A Provisional Dwelling...», ob. cit., pág. 44.

ple ausencia de la razón y la lógica», sino que la nueva política lograba formar grupos ordenados y disciplinados (21). Por último, para Mosse la relación entre dirigente y dirigido no podía reducirse a una simple «magia» derivada del uso de símbolos y mitos despertando las pasiones inconscientes de los individuos. Lo que estaba en juego en la nueva política europea de los últimos dos siglos y que se desplegaba a través de la acción simbólica de su liturgia eran más cosas: la propia identidad de los grupos participantes, la posibilidad de que éstos tuvieran una imagen del mundo ordenada y la oportunidad de que las percepciones de la realidad que se hacían las personas adquirieran coherencia y sentido vitales: «a través de la nueva política mucha gente se constituyó en una fuerza política organizada que sin duda expresaba sus anhelos compartidos de orden, felicidad y unidad nacional» (22). En esta capacidad para dotar la mundo de significado residía el atractivo fundamental de la nueva política convertida en religión secular, atractivo que para Mosse tenía una raíz antropológica básica que, de una forma u otra, afectaba a todo ser humano y de la que nadie estaba a salvo. A este respecto, en uno de sus viajes a Jerusalem escribió lo siguiente: «conocía el peligro de ser capturado por imágenes y liturgias y había escrito suficientemente a menudo sobre su uso en la manipulación de la gente, pero yo mismo estaba lejos de ser inmune a las fuerzas irracionales que como historiador deploraba —especialmente cuando venían del grupo que consideraba como propio» (23).

Con respecto a su idea sobre la modernidad, implícita en toda la argumentación de *La nacionalización de las masas*, Mosse se situaba en una perspectiva antropológica cercana a ciertos presupuestos estructuralistas de Lévi-Strauss y de la antropología filosófica. Partiendo de una visión del hombre como un ser eminentemente simbólico y religioso ávido de totalidad y sentido —«esos anhelos fundamentales de plenitud y la necesidad de materializar sentimientos, que parecen parte esencial de la humanidad»— (24), el contenido que se daría a este impulso simbólico y religioso (entendido éste en sentido antropológico) vendría determinado por el contexto histórico específico. Desde la revolución industrial y la inauguración del mundo moderno occidental, los hombres habrían sido arrojados a un mundo en cambio, progresivamente urbanizado, racionalizado e industrializado. La consecuencia habría sido que millones de individuos se vieran inmersos en el vacío y alienación

---

(21) GEORGE L. MOSSE: *La nacionalización de las masas...*, ob. cit., pág. 31.

(22) *Ibid.*, pág. 270.

(23) GEORGE L. MOSSE: *Confronting History...*, ob. cit., pág. 191.

(24) GEORGE L. MOSSE: *La nacionalización de las masas...*, ob. cit., pág. 276.

existencial de un mundo que, para ellos, carecía de sentido. Si todo ser humano necesita habitar un mundo dotado de significado y de unidad, en la natural búsqueda de identidad en un contexto moderno y desconocido se podría encontrar una de las causas principales para entender la emergencia y el éxito de la nueva política, la cual ofrecía consuelo, sentido y plenitud arraigándose en tradiciones que resultaban propias y reconocibles para la gente (25). Aquí Mosse, aunque absolutamente convencido de la validez de su modelo teórico, tenía la prudencia de situar su énfasis en la liturgia de la nueva política y en su capacidad para dotar de sentido y significado al mundo como factor clave para explicar el éxito y desarrollo de los movimientos de masas nacionalistas dentro de toda una serie de factores políticos, sociales y económicos que, si bien no eran objeto de su análisis particular, debían tenerse igualmente en cuenta.

Plantear críticas a *La nacionalización de las masas* no resulta una tarea fácil. El libro, convertido ya en obra clásica, tiene el mérito de haber abierto una fructífera perspectiva de análisis para el estudio de los movimientos y regímenes fascistas como específicas formas de religión política calando entre las masas que, a lo largo de la última década, ha dado lugar a interesantes trabajos sobre el fascismo italiano y el nazismo alemán. La «revolución Mosse», denominó Gentile a sus estudios sobre el fascismo y entre los que se sitúa la obra aquí reseñada para dar cuenta de la novedad de su visión cultural, de la originalidad de su perspectiva analítica y de la importancia de su legado académico. En cualquier caso, sí hay algunas cuestiones que podrían ser apuntadas. Por un lado, teniendo en cuenta que la perspectiva que Mosse maneja conlleva un modelo teórico amplio y bien desarrollado, sorprende su exclusiva circunscripción al contexto europeo. Casi por las mismas fechas en las que Europa asistía al cambio de 1789 y se inauguraba la nueva política estudiada por Mosse, la Revolución americana daba el pistoletazo de salida a una nueva concepción de lo político que tanta curiosidad suscitaría en estudiosos europeos como Tocqueville y para la que la historiografía y la ciencia social americana encontraron en el concepto rousseauiano de religión civil —análogo, en ciertos aspectos, a la religión secular estudiada en *La nacionalización...*— una de las claves analíticas. Por otro, si el mismo Mosse confesó sentirse un cierto *outsider* académico, incapaz de amarrarse a convencionalismos u oportunismos universitarios (26), la audaz propuesta que de-

---

(25) Un desarrollo de esta cuestión está en EMILIO GENTILE: «A Provisional Dwelling...», ob. cit., págs. 85 y ss.

(26) GEORGE L. MOSSE: *Confronting History...*, ob. cit., pág. 217. Sobre esta cuestión, también se puede ver el comentario de STEVEN E. ASCHHEIM: «Introduction», en S. PAYNE, D. J. SOROKIN y J. S. TORTORICE: *What History Tells...*, ob. cit., pág. 10.

sarrolla en el libro lleva implícito el riesgo de su propia originalidad. *La nacionalización de las masas* no es un libro de historia tradicional: situándose en la frontera con las ciencias sociales, más allá de las evidencias empíricas que maneja sobre la Alemania contemporánea, el modelo teórico de Mosse se proyecta a lo largo de todo el libro. Su explícita posición en un enfoque cultural magnifica determinados aspectos al tiempo que deja otros en el tintero. Lejos de ofrecer pormenorizados datos sobre el contexto estudiado, el libro desarrolla una argumentación omnicomprensiva que, para Mosse, tendría validez universal. En este sentido, su arriesgada apuesta se sitúa fuera de la historiografía clásica para situarse en una tierra de nadie a caballo entre la ciencia social y la historia. A este respecto, como apuntó Griffin, resulta elocuente el legado de Mosse dentro de la actual historiografía del nazismo (27): o se sigue, de una forma u otra, la línea de trabajo iniciada por él reconociendo los caminos abiertos gracias a su análisis o se pasan por alto sus contribuciones posicionándose en enfoques distintos y más tradicionales en los que Mosse queda situado como un exotismo ensayístico. En cualquier caso, como siempre ocurre, el estudio de la realidad social nunca puede agotar su riqueza. El valor que tiene la obra de Mosse para todos sus lectores es el de plantear un estudio sobre determinados aspectos de la historia contemporánea europea que, incluso hoy y a pesar de un cierto *boom* de la historia cultural de los fascismos, sigue siendo minoritario.

Para terminar, puede que no esté de más retomar el propio final de *La nacionalización de las masas* en el que Mosse, reiterando la convicción en sus presupuestos antropológicos generales aplicados al estudio concreto de la religión secular nacional alemana, manifiesta el valor que, en su opinión, tendría su trabajo: el valor de arrojar luz sobre determinadas actitudes inherentes a todo ser humano que continuarían imprimiendo su carácter sobre el actual mundo de la política. Dicho en sus propias palabras: «incluso en nuestra época, existe un anhelo de totalidad vital, íntimamente relacionado con el mito y el símbolo. La política y la vida deben interpenetrarse, y esto significa que todas las formas de vida se convierten en algo politizado (...). La historia es siempre contemporánea. El gran espectáculo que hemos analizado no está tan lejos de nuestros propios dilemas. Este libro se enfrenta a un pasado que, para la mayoría de los hombres, parecía haber terminado con la Segunda Guerra Mundial. En realidad sigue siendo historia contemporánea» (28).

Zira Box

---

(27) ROGER GRIFFIN: «Withstanding the Rush of Time...», ob. cit.

(28) GEORGE L. MOSSE: *La nacionalización de las masas...*, ob. cit., pág. 176.